

CARTAS SIN DIRECCIÓN

I

Desconocido lector o lectora: Mis sinceras disculpas por distraer tu atención y apartarla, con toda seguridad, de cuestiones más interesantes o de mayor importancia. Es el riesgo que se corre cuando se abre un libro, una publicación periódica o alguno de los sobres que, con frecuencia, llenan hasta rebosar los buzones de nuestras casas, y que solo contienen variadas ofertas de objetos o cosas prescindibles para la vida cotidiana.

En el presente caso no se trata ni siquiera de esos ofrecimientos, adornados con las más inesperadas ilustraciones a todo color para seducirnos; más bien puede decirse que son desahogos de una persona abrumada por múltiples dudas, confundida por una sociedad cuyo quehacer parece tener objetivos opuestos y contradictorios; de una persona que no entiende, con claridad, la finalidad de un universo tan inmenso y cual sea la misión del hombre, tan diminuto y frágil, en él; en definitiva, la inquietud, quizá el miedo de un ser por ignorar, por no tener la absoluta certeza, de un “porqué” que explique el hecho mágico, delicioso y emotivo, pero también terrible y trágico, de la vida.

Pero todas estas cuestiones o ideas no le surgen a nadie de manera instantánea y completa, sino que se van gestando conforme el ciclo vital se desarrolla. De ahí que su plenitud se contemple cuando el tiempo ya disponible, según nos tiene acostumbrados la experiencia, se acerca a su término. Y, paradójicamente, son los momentos más lejanos, los de la infancia y juventud, los que reaparecen en la memoria, como si las neuronas quisieran propiciar una regresión, una vuelta al pasado, al tiempo en que el cuerpo crecía y progresaba con energía, fuerza y expectativas... Es como si el organismo, la materia que lo forma y hace que los sutiles engarces y conexiones que lo componen y dan lugar el suceso extraordinario de la vida, se negara a dejar de funcionar, a extinguirse, a desaparecer, a volver a ser, nuevamente, simple cosa inerte esparcida por el mundo, sin capacidad para sentirse algo singular y distinto.

Pero esa época rememorada con nostalgia, en realidad, cuando se vivía en ella, muchas veces resultaba incómoda, penosa. Cuando niño son múltiples los miedos que sobrecogen el ánimo ante hechos y situaciones desconocidas e incomprendidas; frecuentes los temores provocados por seres extraños o percepción de cosas jamás vistas y que no se entienden... Conforme crece, pese al afecto y protección de los allegados,

ha de enfrentarse a “otros” en la guardería, el colegio, el juego, siendo con reiteración, víctima de esa refinada crueldad que la infancia demuestra con los demás, al darse cuenta de que no se está solo y de que existen semejantes que compiten con él, le sustraen atención y merman o impiden el logro de deseos y apetencias. Pese a los instantes de alegría que impulsa la vitalidad creciente de la vida en los años de la niñez, adolescencia y juventud, tienen lados oscuros que nos impiden gozar y saborear, en su plenitud, cuanto de hermoso, atractivo y delicioso ofrecen, y de lo que nos damos cuenta, precisamente, cuando ya resulta imposible hacerlo.

La vida humana, pues, no se desenvuelve en un paraíso; más bien consiste en una lucha, en un enfrentamiento constante con el medio que nos circunda y, lo que es más grave, con no escasa frecuencia, con quienes conviven en nuestro entorno, a veces de forma violenta, a veces mediante modos sutiles, engañosos y turbios. Pero de todo ello no nos damos cuenta con claridad en esos estadios de la vida; es tan exultante y fuerte la energía que derrocha la existencia joven que los sinsabores, preocupaciones y temores quedan ocultos por el espléndido goce material de sentirse vivir, de contemplar alrededor un mundo luminoso, cálido, que se nos ofrece con una belleza sensual, como de génesis... Y la verdad es que para los ojos que lo ven por primera vez, es como si toda la creación hubiera sido diseñada y gestada para quien la percibe. Esta pasmosa satisfacción, esta felicidad recorriendo todo el cuerpo, estremecido sin saber la causa, con solo mirar el verdor de los campos en un día de primavera, oír el rumor del agua transparente del río, escuchar el bullicio de la gente, sentir como el viento acaricia el rostro, la hemos tenido en alguna ocasión todos los seres. Yo recuerdo con fruición cuando, después de una febril enfermedad, salí fuera de la oscura habitación en la que pasé largos días, calenturiento y dolorido, y me llevaron a pasear por un parque.

Luego, con el tiempo, aparecen los aspectos negativos que enturbian esa especie de delicia y encanto continuo de la vida joven, pese a que comienzan a mostrarse atracciones nuevas, en la niñez desconocidas, como las inducidas por el sexo contrario y que también engendran otros problemas.

II

Amigos: Dudo sobre la oportunidad de continuar este epistolario, a nadie en concreto dirigido. Y mis dudas aumentan cuando pienso, en este tiempo de crisis, en los incontables problemas que acongojan a tantas personas. No parece sensato añadir a sus preocupaciones y necesidades otras seguramente no acuciantes; más, por otra parte, tampoco mi intención va por ese camino; se trata, simplemente, de reflexionar y encontrar, si ello es posible y mi capacidad lo consigue, una explicación a hechos que nos acontecen y a preguntas para las que no existen respuestas claras y evidentes. Al menos para mí. Por eso quiero encontrar una visión, una panorámica, que me ofrezca, en toda su extensión, qué sentido tiene este fenómeno que nos ocurre y que llamamos vida.

Dejamos la cuestión en esa etapa vital de la juventud. Sin duda es la que, sin apenas excepciones, consideramos más bella y atractiva de la existencia humana. Las fuerzas, la energía, todo el cuerpo, se encuentran en su momento más espléndido. La sangre corre cálida y veloz por todo el organismo, produciendo un derroche de vitalidad; el mundo se contempla como algo hermoso y apetecible, lleno de sugerentes incitaciones, de seres que nos atraen con una fuerza irresistible, especialmente cuando complementan la propia existencia y ofrecen la posibilidad de compartir un futuro gozoso juntos... Todo el entorno se presenta con un encanto y belleza únicos, sin parangón posible. Pero al iniciar los primeros pasos por esa especie de paraíso, empezamos a tropezar con los primeros obstáculos de lo que nos parecía florido camino llano, sin baches ni cuestas dificultosas y pedregosas. El conjunto de los demás, al que llamamos sociedad, coarta o dificulta la acción y opone condiciones que han de ser superadas o eludidas. Exige sacrificios previos, conocimientos diversos, esfuerzos de preparación o adquisición de medios y habilidades con los que no se contaban. Y unas veces la capacidad personal y el interés o deseo intenso nos permiten alcanzarlos; otras, en cambio, en las que interviene factores extraños como la suerte, la familia, incluso el lugar de nacimiento, lo impiden o estorban. Se producen, pues, frustraciones, infelicidad y, con frecuencia, dolor y hasta sufrimientos interminables. Y, sin apenas darnos cuenta, nos hallamos en la etapa de la madurez.

No cambian mucho las circunstancias y situaciones, que son continuación del desarrollo físico de la persona. En ocasiones se alcanzan o casi se logran los objetivos

deseados; otras, sin embargo, se muestran esquivos, huidizos, evanescentes como fantasmas, y la madurez adquirida se ve sorprendida por problemas inesperados, extraños, que la van minando, desgastando y entristeciendo, pese a que en ella se debería haber llegado a la culminación del plan concebido en la juventud. Y en ambos casos, exitosos unos, fracasados o semi logrados otros, nos hallamos, de repente, en una fase final desde la cual toda la perspectiva del pasado aparece cada vez más lejana, borrosa y sin sentido. Porque, aparte la felicidad vivida con la descendencia, con su crecimiento, con verla formada y situada más o menos bien, no se acaba de entender la finalidad del cese de la existencia individual, de este extinguirse sin remedio, de esta eterna repetición de vida y muerte... Parecemos, en otro lugar lo he dicho, objetos salidos de una fábrica increíble que una extraña e incansable cinta transportadora lanza al mundo para que otra, tenebrosa e incesante, nos recoja, ya inservibles, y nos conduzca a un destino desconocido, como desechos para reciclaje.

Las distintas creencias religiosas han tratado de explicar los fines de la vida, en especial la humana. Nuestro mundo no es éste, se encuentra en un más allá, donde nos aguarda una vida eterna y feliz al lado de un Dios benevolente. El hecho de que esta esperanza, la llamemos fe, deseo o superstición, se dé en todas las comunidades humanas, por primitivas que sean, nos hace pensar que debe haber algo de verdad en ella, (por ese género de certeza ya en su día analizada por Balmes) y que no sea simple consecuencia del miedo a desaparecer. Por otra parte hay testimonios, aceptados por muchos, que confirmarían que hemos sido creados por un Ser Superior, aunque Él no se muestre con la frecuencia que sería deseable para quienes, como Tomás, se encuentren atribulados y asaltados por dudas y con fe endeble y quebradiza.

Con independencia de cual religión o creencia sea la verdadera, el constatar como surgen espontáneas en todas las criaturas, sea cual fuere su nivel cultural, ya supone un fenómeno que invita a plantearse la cuestión y sumarse a los numerosos grupos sociales que las aceptan. Porque, entre otras cosas, solucionan el problema de comprender el surgir de un universo tan inmenso y vario y la complicada estructura física de todos los seres vivos, pues por mucho tiempo que le otorguemos a la evolución, resulta difícil creer que la materia simple, por sí misma, pueda convertirse en algo tan delicado y complejo. Ello sin tener en cuenta la gran diversidad de esos seres. Podremos entender su adaptación al medio pero no –yo al menos- que la unión de minúsculas partículas, o un limitado número de átomos, puedan combinarse y formar

III

Pacientes amigos: Quiero recordar que fue Arnold Toynbee el que señaló la importancia del medio físico en el progreso humano. Consideraba que un contorno agresivo y difícil, incitaba y obligaba al hombre a esforzarse para vencer y superar los escollos que convertían la vida en algo penoso y duro. En consecuencia, hubo de aguzar su ingenio y desarrollar capacidades o habilidades para subsistir y librarse de los peligros que, de manera continua, le salían al paso, ya fueran animales feroces, ya obstáculos como montañas nevadas, lluvias torrenciales, ríos caudalosos, bosques impenetrables y un largísimo etcétera, que impedían un asentamiento seguro. Y si a todas estas circunstancias le añadimos un clima nada acogedor, se comprende que solo forzando su mente y sus fuerzas, pudiera crear instrumentos de defensa y buscar lugares donde resguardarse de inclemencias y ataques.

Parece que la arqueología demuestra la lucha constante del hombre con el espacio físico donde habita: como afirmaba Ortega, nada le ha sido otorgado de forma gratuita. Desde un principio hubo de encararse con multitud de impedimentos, a veces insalvables, con imprevistas agresiones, no solo de otros seres vivos sino de la propia naturaleza, con climas glaciales, tierras áridas, fuerzas telúricas que sacudían el suelo o lo sembraban de grietas, cenizas y lava... Como ser endeble, desnudo e inerme, ha de inventar objetos, idear modos que compensen su debilidad ante animales depredadores y obtener alimentos, lo que poco a poco le hace adquirir unas habilidades que le convierten en un ser superior y dominador. La búsqueda de lugares confortables y apropiados para su desenvolvimiento, le convierte en nómada y de ahí que aparezcan rastros en las más diversas zonas. Cuando los encuentra, se transformará en sedentario. Pero todo esto es de sobre conocido y estudiado y no creo necesario insistir en ello.

A grandes rasgos, se intuye cómo la agrupación humana familiar evoluciona hacia el clan, la tribu, la región, el país... El individuo singular se inserta y diluye en el

algo tan complicado y espléndido; y más aún si nos detenemos a considerar de dónde o cómo aparecieron o se crearon y lograron unirse esos elementos hasta hacerse materia.

colectivo formado. Se convierte en simple elemento de la sociedad que se ha ido constituyendo a lo largo de milenios. Y es aquí a dónde quería llegar. Toda sociedad crece, simultáneamente, con unas características propias que la definen: su civilización o estadio cultural. Pero estas características no son inocuas; la persona se encuentra sometida a la influencia, a la presión social externa, a las creencias y costumbres que han ido formándose durante siglos y que conforman una manera especial de ver y entender el mundo.

Ocurre, pues, que el hombre, pese a que se lo crea, no es plenamente libre; se encuentra constreñido, limitado por las circunstancias en derredor, lo que confirma la definición orteguiana. Inmerso en la sociedad, le guste o no, ha de someterse a ideas, costumbres, situaciones ajenas a sí mismo. Y puede suceder que las asimile en su integridad —es lo normal— o que las rechace en parte o en su mayoría, con lo que se hallará en una situación de conflicto. La vida en sociedad, por tanto, no resulta fácil. Si en nuestro tiempo se ha conseguido dominar y controlar con cierta eficacia las dificultades del medio físico, utilizando la tecnología creada por el ingenio humano, no lo ha hecho con absoluto éxito en el aspecto de la convivencia.

Y es en esta convivencia donde se encuentra la mayor fuente de problemas para la persona. Si el desarrollo de habilidades e inteligencia de cada individuo le han permitido situarse en una mejor posición, también ha provocado una competencia con los “otros” que no siempre acaba bien. Y son tan numerosos y distintos los conflictos casi espontáneamente generados por esos “otros”, formando —según la época— grupos, tribus, colectividades, países..., que la historia, en vez de ser un relato del desarrollo perfeccionador de la humanidad, se ha convertido en una narración de sus luchas interminables, perpetuas, como expresó un gran político del Siglo XX: W. Churchill.

IV

Pacientes amigos: “La historia del mundo es la guerra” afirmó, como se ha indicado anteriormente, Wiston Churchill. Y resulta difícil rebatir la afirmación, aunque nos pese y duela. Más aun, ya en nuestros días, puede decirse también que los mayores avances científicos han sido provocados, o inducidos, por las graves confrontaciones de los últimos siglos o por el temor a que se produzcan otras. Ciertamente, después, han tenido aplicaciones prácticas, beneficiosas en todos los campos del quehacer humano, complementando los descubrimientos o inventos de algunos cerebros privilegiados a los que solo movían el afán de conocimiento.

Pero lo que interesa resaltar es esa agresividad -¿innata?- que domina a nuestra especie a lo largo del tiempo. Quizá ha sido consecuencia, como se ha relatado ya, de su lucha con el primitivo ambiente hostil al que hubo de enfrentarse y el miedo a enemigos que le perseguían con ferocidad; tal vez a la angustiosa necesidad de obtener alimentos y procurar que no le faltaran, así como apoderarse de territorios idóneos para su seguridad.

Desde que hay constancia histórica –apenas unos minutos en el transcurso de la vida sobre la tierra- los hombres conviven evolucionando con lentitud en su organización, hasta formar poblaciones más numerosas y ordenadas, simiente de diversas civilizaciones. Y es aquí otro punto al que pretendía llegar.

Para la RAE civilización es un “estadio cultural propio de las sociedades humanas más avanzadas por el nivel de su ciencia, artes, ideas y costumbres”. La definición no está mal, aunque a mi juicio adolece de cierta parquedad. Por lo pronto, al considerarla como propia de las sociedades “más avanzadas”, olvida que el colectivo social evoluciona a lo largo del tiempo, por lo que ha pasado siempre por etapas con atraso respecto a su actualidad, a su presente, lo que no significa carencia en tales etapas de una peculiar “civilización”; además, coexisten pueblos –sociedades- , con niveles distintos en ciencia, artes, ideas y costumbres, lo que no implica, forzosamente, que las suyas no sean también civilizaciones.

Pero lo que interesa no es tanto el concepto de civilización, siempre discutible y de mayor amplitud que el reseñado, sino la causa por la que alcanza altitud y extensión admirables y, después, con frecuencia, se estanca o desaparece. Conocemos por la historia civilizaciones que se han extinguido, como la sumeria, la egipcia, la maya, la azteca, la griega, la romana... Según Toynbee, las civilizaciones tienen un desarrollo

cíclico, consecuencia de la reacción humana al medio, ya sea físico o social. Esto sería algo parecido al comportamiento del propio organismo de la persona; sin embargo yo creo que ha de contarse, además, con otros ingredientes: la atracción, fuerza o sensibilidad que hace vivir unido a un grupo, compensando la agresividad, casi innata, que nos empuja a considerar como posibles enemigos y competidores a los “otros”. Algo así, pero más amplio e intenso, que el “sugestivo proyecto de vida en común” que Ortega señalaba para la nación; esto es, un sentimiento, difuso pero fuerte y excitante, que cohesionaba, une e imprime una fuerza centrípeta a un conjunto humano para realizar acciones comunes en el exterior y crear un modo de vida característico y singular, con creencias, ideas y organización propias, nacidas en su seno. Cuando ese sentimiento falla, todo se debilita y acaba por corromperse, dividirse y, finalmente, extinguirse o ser dominado por otra civilización externa.

¿Qué puede acontecer cuando el mundo se hace pequeño gracias al avance de la ciencia y la tecnología y, en consecuencia, se hallan cercanas y próximas, todas las ideas, creencias, costumbres y formas de concebir la sociedad? Parece obvio que se produzca un contacto y que la “globalización”, como se dice hoy, tienda a homogeneizarlas. Que el resultado de esta acción mutua no sea tan rápido y visible como deseamos, solo significa que está ocurriendo con esa lentitud que la naturaleza imprime a todos sus procesos, cuando una voluntad ajena o un acontecimiento fortuito no intervienen. Hace falta una perspectiva lejana, distante, para apreciar los cambios y mutaciones acontecidos.

Respetados amigos: Me asalta el temor de haberme metido, sin pretenderlo, en un problema con incógnitas difíciles de despejar para mi corta habilidad. Lo que yo deseaba –en la primera carta lo expuse- es llegar a comprender el fin último de la vida, de mi propia existencia, en la inconmensurable, tal vez infinita, inmensidad del universo; qué papel representa un ser tan pequeño, torpe y débil como yo, como otros semejantes, en el funcionamiento de este mundo. Y poco a poco, sin intención, me han surgido, no soluciones, sino algo así como una breve historia intuida, o tal vez imaginada, que ignoro si concuerda con la realidad, del paso del hombre a través del tiempo. Y ha ocurrido, sin saber cómo, que de pronto me encuentro –nos encontramos- en el presente.

Mas este presente en el que nos encontramos, en el que vivimos, este hoy en trance de vertiginosa transformación en pasado, empujado por un futuro que está llegando para hacerse fugaz realidad, es consecuencia de un proceso anterior en el que otros muchos, incluidos los que antes fuimos, han intervenido. De lo que entonces pensamos, hicimos o destruimos, se ha formado el mundo actual o, mejor, la sociedad donde estamos inmersos y de la que somos un endeble ser singularizado. Y esta singularidad nuestra, en ocasiones, nos hace sentirnos como desterrados en una isla solitaria de la que no podemos salir, pese a que alrededor percibamos otras, pero a las que no podemos acceder ni tender puentes. En pocas palabras: somos extraños seres recluidos en un cuerpo -¿máquina tal vez?- a través de cuyos ojos-lentes, oídos y sensibilidad, percibe un exterior ajeno, cuyas imágenes y sonidos almacena en su memoria -¿como la de su ordenador?- pero que a veces se borran o no acierta a identificar.

Y es esta soledad vital, este saberse otro, lo verdaderamente terrible; aunque nos tratemos y convivamos de forma más o menos íntima con los demás, siempre existirá un espacio, una distancia entre ellos y nosotros que nos impide un exacto conocimiento de cómo verdaderamente son y de la autenticidad de sus pensamientos e ideas. Es como si hubiera un insalvable foso separador imposible de sortear. (Solo en una circunstancia puede saltarse; pero esa es cuestión a tratar en otro momento).

Y esta soledad se acentúa (¿a quien no le ha acontecido?- cuando estamos en una ciudad desconocida, entre una multitud bulliciosa que camina anárquicamente presurosa, pendientes todos sus componentes de sí mismos, sin observar ni preocuparse

de nadie, sumidos solo en quien sabe qué pensamientos o deseos de llegar con prontitud a sus destinos. Y pasan rozándote, casi atropellándote a veces, sin que en apariencia les importes nada. Observando este comportamiento, uno se siente todavía más solo, angustiado, aturdido, perdido y desorientado, paradójicamente, en un lugar que se supone civilizado y con numerosos semejantes que, sin duda, pueden en cualquier momento ayudarte. Pero, sin embargo, a uno le invade la sensación de ser una criatura insignificante, mínima, débil, vulnerable.

Otro aspecto de la cuestión es la sociedad en la que te hallas, que no es inocua y tiene numerosos factores que inciden sobre la vida de cada persona. Su organización, su cultura, sus creencias implican una influencia en el comportamiento, la visión y las ideas del individuo. (¡oh manes de Ortega!). Son las circunstancias que presionan y condicionan la personalidad, imprimiéndole ciertas características que sin la existencia del entorno hubieran sido distintas. A la soledad íntima que se vive se une, además, el temor o sometimiento a esa fuerza externa que condiciona, y en gran medida dirige, la actuación y el comportamiento personal, que sin duda podría haber sido diferente.

Aunque resulte reiterativo, hay que insistir en la percepción que todo hombre tiene, en los momentos, quizá escasos, que piensa sobre sí mismo (es la peculiar introspección que nuestro filósofo llamaba “ensimismamiento”) de ser una criatura solitaria. Arrojado a un universo cuyos componentes ha de ir descubriendo, y entendiendo, en proporción a su propia inteligencia y desarrollo. Pero lo grave, lo más grave a mi juicio, y lo que de forma aguda le hiere y duele, es saberse solo en las ocasiones más difíciles y de mayor trascendencia, pese a que se encuentre rodeado de otros seres que le acompañan y tratan de ayudarlo, pero que están fuera de él y no sienten ni padecen su dolor y angustia.

VI

Queridos amigos: En anteriores cartas se ha mencionado, someramente, a ese conjunto de personas que constituyen la sociedad. Hora es, pues, de enfocar nuestra mirada sobre ella, aún cuando sea con cierta brevedad.

Parece evidente que la formación de una sociedad, ya sea de forma natural por uno o diversos grupos, ya sea por coacciones externas que les obligan a unirse, busca siempre alcanzar un deseo, mejor, una seguridad común. Pero este nexo que mantiene conviviendo a distintos individuos no es tan fuerte ni consistente, como para no romperse en bastantes ocasiones; de manera especial cuando colisionan intereses e incluso por simples aspiraciones de dominio. Y ocurre, como es lógico, que el más fuerte termina por triunfar y conseguir la mayor parte de sus apetencias, ya sean individuales o colectivas.

Para evitar estos conflictos, propios de la naturaleza del hombre, se elaboraron teorías políticas (veáanse Hobbes y Rousseau) en virtud de las cuales se ceden libertades a cambio de seguridad, surgiendo así el poder del Estado. Pero todos tenemos experiencias de que, siendo un paso adelante en la convivencia, también el Estado, o cualquier sucedáneo suyo, ha provocado grandes catástrofes que confirman como la agresividad humana no ha sido eliminada. Basta recordar la historia del Siglo XX con sus guerras y masivos exterminios.

Y es aquí, en esta sociedad heredada, no en la teoría política creadora del Estado moderno, donde interesa, en este momento, dirigir la lente de nuestro objetivo y descubrir cómo vive y con qué problemas se enfrenta el individuo singularizado al con-vivir junto a los demás. Porque está claro que la sociedad no es un ente compacto, de una pieza, sino que está formado por minúsculas células personales, con vida propia e independiente, aunque ligadas por una relación de cercanía y de fines comunes. Y esta vida propia es la nuestra, la de cada uno de nosotros, la que percibe, de forma autónoma, tanto la belleza de una naturaleza espléndidamente acicalada por la primavera, como la gris frialdad de un inclemente invierno; la que feliz siente el placer de hallarse fuerte, sana, acariciada por un ambiente acogedor, como sufre el dolor de la herida, la enfermedad o la imprevista catástrofe, natural o social, que la azota con violencia.

El hombre está, se encuentra solo, ya se ha dicho antes; en su inconsciente, aún cuando le rodee un considerable número de allegados, amigos y conocidos, en los momentos cruciales de su existir, tiene la sensación de ser como una pequeña isla a la

que baten furiosas las olas de un mar embravecido. Y su problema, el primer problema que se le presenta, es que tiene que enfrentarse, para encauzar su vida, a un mundo externo en competencia con los "otros". Puede que hayan, y de hecho las hay, ayudas a sus esfuerzos por parte de familiares y situaciones especiales, pero al final será siempre él solo quien en definitiva decida y se encare, con miedo, dolor y lágrimas a las exigencias del entorno. Y esto sin considerar los sufrimientos por los múltiples males físicos que pueden agredir su cuerpo, hasta conducirlo al terrible e inevitable trance final, que él solo siente.

Esta soledad vital de la persona, por causa del aturdimiento producido por el agitado bullir de la sociedad donde está inmerso, puede parecer inexistente, pero la siente cuando acontecen hechos con los que ha de encararse forzosamente, como ser singular, sin que quepa ni sea posible recurrir a ayudas del exterior. Por lo pronto ha de situarse dentro del conjunto social; y el lugar al que aspire exige competir con un número indeterminado de "otros" con iguales pretensiones, que obstaculizan o impiden su aspiración. Y conseguidos o no sus deseos, tendrá que trabajar incansable y esquivar inacabables impedimentos, que se le irán interponiendo a lo largo del trayecto de su existencia. Vivir, pues, equivale a una eterna lucha en la que unas veces se vence y en otras se acaba derrotado, herido o frustrado.

Ocurre, además, en el mejor de los supuestos, que logrados el triunfo y los objetivos pretendidos, cuando el gozo debiera satisfacernos, descubrimos que no eran tan importantes ni atractivos, ni nos consiguen por completo la felicidad; existe siempre un fondo de insatisfacción en el alma humana que nunca llenamos y que nos produce inquietante desazón. Y esta extraña peculiaridad del hombre tal vez sea su más fructífera cualidad; porque el hecho de no estar casi nunca satisfecho, es lo que le impulsa a superarse y a buscar nuevos objetivos y aventuras que, a la postre, implican un progreso.

VII

Amigos: De lo expuesto hasta ahora puede hacerse el siguiente escueto resumen: Para el hombre existen dos cuestiones esenciales, que le obsesionan y abruman. La primera es comprender el sentido de su vida, el rol que su existencia representa en un universo desafortunadamente inmenso, sin límites conocidos ni explorables y, además, en continua mutación. La segunda, está constituida por la angustiada sensación de encontrarse solo, aislado, en una sociedad –ya es paradójico- superpoblada, con grandes ciudades, cuyo bullicio ensordece y encubre el grito íntimo que nuestra alma emite para disimular el temblor inducido por su inquietud y miedo.

Para la primera cuestión, que no se halla resuelta de forma definitiva, como en la segunda carta se indicaba, surgen las creencias en Seres superiores que crean, coordinan, dirigen y condicionan todo lo existente. En un principio los fenómenos físicos como la lluvia, el fuego, el rayo, los movimientos sísmicos, eran interpretados como manifestaciones de sus poderes y, con frecuencia, identificados con ellos.

Por simple evolución de la mentalidad, tales creencias van formando un conjunto de ideas y ritos, con lo que se transforman en religión, con sus cultos, sacrificios y ofrendas para propiciar protección y alcanzar objetivos deseados, bien de diversos dioses en las politeístas, o de uno solo, creador de todo, incluidos los seres animados, en las monoteístas.

De esta forma el extraordinario acontecer que es la vida, tiene un origen, y su final se encauza hacia una eternidad más allá del propio existir; eternidad en la que el hombre encontrará la felicidad escasamente conocida en la tierra, si es que alguna vez, por puro azar, la ha gozado.

Resuelto por la fe religiosa, cualquiera sea el credo que se adopte, el primer problema, aunque queden misterios y “porqués” que tal vez nunca sean descifrados, corresponde enfrentarse al segundo –la soledad- que nos atañe más de cerca por el momento, dado que en estos instantes estamos viviendo.

Hace ya muchos años (casi treinta) escribí: *Hay una soledad fecunda, creadora, a la que todos, en alguna ocasión de nuestra vida, hemos aspirado o con la que hemos soñado, cuando los múltiples problemas y el tráfago del quehacer diario nos agobian. Soledad incitadora y excitante, como la del sabio que investiga, en la que se gestará el insólito descubrimiento; soledad sugerente e inquisitiva, como la del filósofo, de la que nacerán las ideas capaces de mejorar al hombre; soledad estremecida e inspiradora,*

como la del poeta, que hará florecer el prodigio de unos versos espléndidos y sonoros, comprensibles y audibles en todas las épocas y para todas las mentes, como los de Fray Luis de León

Ésta, sin embargo, más que una soledad equivale al gozo de unas ausencias momentáneas, transitorias, de seres queridos, pero cuyo calor nos llega desde una proximidad que podemos recorrer en un tiempo mínimo, para abrazarlos y sentir el latido de sus corazones, al tiempo que les agradecemos habernos dejado pensar en quietud y silencio.

Existe otra soledad producida por el dolor de la pérdida o desgracia de una persona querida, única para nosotros, que no hemos podido evitar y que nos hunde en el abismo de una negra tristeza, que nadie puede consolar. Solo el tiempo irá limando sus hirientes aristas, pero nunca las borrará por completo.

Pero la que nos ocupa con preferencia aquí, tiene unos caracteres distintos, no más importantes, pero sí más difíciles de salvar. Como se ha señalado antes, es la de saberse solo, aislado en un archipiélago humano; se pueden otear otros islotes, pero no contactar con ellos, separados por un mar agitado. No existen puentes ni siquiera frágiles pasarelas; si acaso, con gran paciencia, intentamos emitir algunas señales, más la espesa bruma social y física dificulta su captación. No obstante, como se apuntaba en la carta V, puede ocurrir el milagro de que se cree una vía inmaterial que facilite el contacto y, en consecuencia, que se reduzca esa soledad vital, incluso que nazca la ilusión, durante algún tiempo, de no estar solo, de formar parte indisoluble de una convivencia compartida con otras criaturas. Esta mágica vía, bella y sugestiva, es el amor.

Sobre el amor se ha escrito tal vez demasiado y no siempre con acierto. Su amplitud no puede medirse y su belleza es tan deslumbrante como el fulgor de un enorme brillante, cuyas diversas caras proyectan haces de luz en todas direcciones. Se tiende, con preferencia, a considerarlo como atracción entre parejas; sería, así, como un estímulo a la perpetuación de la especie. Sin negar que ese instinto juegue un papel importante, éste no es el exclusivo ni, a mi juicio, el descollante. La atracción física como exigencia instintiva, mezclada y aderezada con sentimientos, simpatía y deseo de compartir en compañía los retos de la vida en el futuro es, sin duda, amor pero solo una clase de amor.

Toda definición tiende a resumir, comprimiéndolo, el objeto definido. Y, de esta forma, suele reducirlo hasta extremos que nos impiden reconocerlo y valorarlo en su

auténtica esencia, en su extensa realidad. Por ello parece más conveniente y eficaz contemplarlo en panorámica, en el conjunto de sus diversas realidades y aspectos. Así, si consideramos el amor como el deseo incondicionado de felicidad para el otro o los otros, y de que ellos alcancen los bienes que aspiran, especialmente ese afán tan humano de una vida feliz, le habremos otorgado la amplitud que en verdad caracteriza a este sentimiento. Amor que se convertirá en algo espléndido e incomparable, cuando se dirige, sin interés ni egoísmo, a todo lo creado, como hacía el pobrecito de Asís. Este extremado amor que no elude el propio sacrificio para que los demás sean felices y no sufran, es la máxima exaltación del que puede sentir el hombre. Y con toda seguridad, para el creyente de honda fe y para el místico, significa la manifestación clara y evidente de la Divinidad.

Desde él, bajando de intensidad, descendiendo por una inmaterial escala, aparecen todos los demás aspectos o modalidades que, formados por la misma esencia, va desde el que consideramos como humano – el de dos personas- hasta la amistad, el respeto, la admiración, el anhelo de perfección, la emoción por lo bello, por la vida en cualquiera de sus formas, por un mundo hermoso que se nos ha dado para que el hecho extraño y maravilloso que nos sucede –vivir- nos resulte agradable y emocionante. Y todo cuanto nos acontece de atractivo y extraordinario cuando amamos, yo me niego con todas mis fuerzas a considerarlo –según dicen- como simples reacciones químicas de nuestro cuerpo. El amor, como la vida, es algo más grande, hermoso y eterno que la simple y vulgar materia de que estamos amasados.

Pues bien, este amor sin exigencias ni contraprestaciones, forma la pasarela que puede eliminar gran parte de la soledad existencial del hombre, propiciando la llegada a nuestro islote del calor sentimental de otros seres, también aislados, permitiendo un consuelo mutuo en momentos tristes o aumentar el gozo de los felices. No conseguirá despejar toda la niebla que nos envuelve y oculta, pero si aclarará mucho el paisaje que nos abrumba y separa. Siempre quedará, como barrera insalvable, aquellas situaciones y circunstancias que nos afectan en exclusividad, sin que sea posible consuelo o ayuda ajenos, pues hemos de resolverlos y sufrirlos “solos”, cada cual, como ser “uno” cuyo desarrollo y decadencia le vienen impuestos en un programa inviolable e indestructible. La única esperanza y alivio están en la creencia de que alguien nos espera para compensar los sinsabores padecidos durante la existencia; si esto no ocurriera, el mundo, con sus múltiples variedades de vida, sería un gran bluf. Para quienes tienen fe,

por débil que sea, en un más allá, el terrible momento de la extinción puede estimarse como una liberación, tal como pensaban San Juan de la Cruz y Santa Teresa

.....

Al llegar aquí, con ánimo de terminar, me sobrecoge el inquieto y desasosegado temor de no haber encontrado una racional solución al “porqué” de nuestra vida en el Universo. Ni, tampoco, de haber vislumbrado el modo de salvar, siquiera sea de manera parcial, la soledad que nos aprisiona...

Julio de 2013.

POSDATA.

Al inteligente y culto lector, no se le habrá escapado la coincidencia de lo escrito con el pensamiento de nuestro filósofo Ortega y Gasset. El hecho de la soledad vital fue analizado por el maestro, no es descubrimiento nuevo. Pero él lo hacía desde la perspectiva sociológica de la inserción del hombre en la sociedad, no como problema íntimo y trágico de la persona singularizada. Por otra parte, tampoco buscaba las razones de la existencia humana en un mundo inmenso, que para mi no tiene explicación si no se conecta con la creencia en un Dios. Y, aún así, las dudas circulan subterráneas y enigmáticas por la mente, estremeciéndonos y corroyendo esperanzas.